

El día de la batalla de Arques¹ comió abundantemente, según su costumbre; á los postres le sirvieron un excelente melon, y cuando iba á comérselo, fueron á advertirle que la caballería de Enrique IV se había adelantado imprudentemente hasta un sotó vecino, donde podía ser sorprendida y copada, si quería dar la órden para ello; los mensajeros añadieron que el ejército de la Liga, aprovechando de este triunfo, adquirido sin trabajo, podría arrojarse de improviso al campo enemigo, forzarle y quizá hacer prisionero al mismo Enrique.

« Esperad un momento, dijo el duque; dejadme comer el melon. »

Pocos instantes despues llega un oficial y le da un parte igual al precedente. « Dejadme acabar de comer este melon, » repitió Maguncia.

En fin, le anuncian que el ejército enemigo está ya á la vista, y que solo tiene tiempo para montar á caballo.

« ¡ Ya me lo he comido! exclama el duque muy satisfecho. Y diciendo esto monta á caballo, sale al campo, y es completamente derrotado: justo castigo de su gula y de su glotonería.

Rasgo de un niño de cinco años.

[1789.]

Hé aquí un ejemplo de abstinencia, tanto mas interesante, cuanto nace de la ternura filial, y su autor es un niño de cinco años. Un cura de las cercanías de Rennes, ciudad de Francia, envió á buscar á tres hijos de uno de sus parroquianos, muy miserable, para hacerles tomar medida de un vestido. El frío era rigorosísimo, y los tres niños tenían los miembros entumecidos; el buen cura les hizo acercar á la lumbre, y les dió un pedazo de pan y carne. Los dos mayores se comieron su racion con mucha gana, pero el tercero miraba la suya con un aire satisfe-

1. Cerca de Dieppe, en 1589, Maguncia tenia 25,000 hombres, y Enrique solo 10,000.

cho, sin tocarla. « ¿ Por qué no comes, hijo? le dice el cura con suma bondad. — Porque quiero guardar mi pan y mi carne para mi madre que está enferma, responde el niño. — Cómetelo, replica el cura, que yo enviaré á tu madre lo que necesite. — No me lo comeré, porque quiero llevárselo á mi madre yo mismo. »

A estas últimas palabras se llenaron de lágrimas los ojos del niño. « No llores, hijo mio, replica el cura; á tu madre no la faltará nada; pero mientras tanto come tú, porque debes tener gana. — Sí, señor, que tengo gana, pero mi madre está enferma. — Pues bien, aquí tienes pan y carne para la madre, pero quiero que te comas lo que te he dado. — En este caso, señor cura, comeré el pan solo, porque quiero llevar la carne á mi madre, y así tendrá mas. »

§ V. PACIENCIA.

La cólera es un acceso de demencia.
No seas orgulloso ni arrebatado; evita las contiendas, que son fuente fecunda de todas las desgracias:
Es menester acudir ántes á calmar un resentimiento, que á apagar un incendio. (*Moralistas antiguos.*)

La impaciencia encona y enajena los ánimos, y la dulzura les hace volver en sí. (*MADAMA DE MAINTENON.*)

Haced un estudio de la paciencia y sabed ceder por razón. (*MADAMA DE LAMBERT.*)

Quando me hacen una injuria, trato de elevar mi alma tan alto, que la ofensa no pueda llegar hasta mí. (*DESCARTES.*)

El duelo está reprobado por la ley divina y prohibido por las leyes humanas. (*Curso de moral.*)

Temístocles.

Temístocles hizo á Atenas, su patria, y á la Grecia toda, los mayores servicios; pero sus ingratos conciudadanos le desterraron, y tuvo que refugiarse al lado del rey de Pérsia.

Cuando la invasion de Jerjes, los jefes de las diferentes repúblicas de la Grecia, reunidos en consejo de guerra, deliberaron sobre el partido que debian tomar. Euribíades, jefe de los lacedemonios, tuvo una viva discusion con el jefe de los atenienses, que era Temístocles. Euribíades se obstinaba en su opinion, que hubiera causado la pérdida del ejército si hubiese prevalecido. Temístocles la refutaba con calor, y Euribíades, irritado por la contradiccion y no queriendo oír mas, levantó el baston contra el jefe ateniense.

¿Qué hubiera hecho entónces un hombre vulgar? Habria dado rienda suelta á su justo resentimiento y rechazado el ultraje con otro ultraje, dimanando de aquí un odio mortal, no solo entre ámbos jefes, sino tambien entre los dos pueblos, odio que hubiera comprometido la salvacion de la Grecia entera.

Pero Temístocles no consideraba mas que el interes de la patria, y mirando á Euribíades, le dice: «Da, pero escucha.»

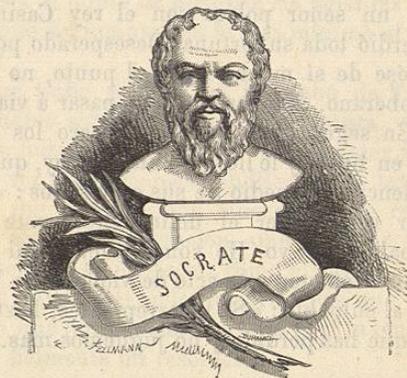
A estas palabras se sonroja Euribíades, y reconoce que el plan de Temístocles valia mas que el suyo. En efecto, se adoptó y salvó la Grecia.

Sócrates.

Una de las cualidades mas notables de Sócrates era una serenidad de ánimo que ningun accidente, ninguna injuria, y ningun maltrato podian alterar. Dicen, sin embargo, que este filósofo habia nacido fogoso y violento, y que su rara paciencia era el fruto de los esfuerzos que hizo para vencerse. Habiendo recibido un dia un brutal y vigoroso bofetón, se limitó á responder sonriendo: «Es sensible el no saber cuando debe uno cubrirse la cabeza con un casco.»

Halló en su propia casa un vasto campo para ejercer su paciencia, pues Jantipa, su mujer, le sometió á una ardua prueba con su genio extravagante, arrebatado y violento.

Una noche que habia convidado á cenar á uno de sus amigos, le suscitó Jantipa una disputa; y gritando como tenia de costumbre, se levantó furiosa y derribó todos los platos y vasos de la mesa. Atónito el amigo con este acto de violencia quiso retirarse, pero Sócrates le detuvo, diciéndole: «No os vayais: ¿os acordais que un dia que estaba yo co-



Sócrates.

miendo en vuestra casa, vino una gallina, y al volar por encima de la mesa, derribó todo cuanto habia en ella? Ambos nos reimos de aquel lance; hagamos lo propio ahora.»

Un dia Jantipa, en uno de sus arrebatos de cólera, le arrojó la capa al filósofo y la echó en el lodo. Sus amigos le aconsejaron que castigase inmediatamente aquella insolencia y la hiciese experimentar que él era el amo. «¿Es decir, respondió Sócrates, que la riña de un marido con su mujer es para vosotros un espectáculo divertido? Pues yo no estoy de humor de daros este gusto á costa mia.»

Admirábase Alcibiades de que pudiese soportar los eternos gritos de aquella discolosa mujer, y Sócrates le res-

pondió: «Estoy ya tan acostumbrado, que sus clamores me hacen la misma impresion que el ruido de una rueda.»

El gran filósofo sufrió hasta su muerte, sin quejarse, los arrebatos de aquella mujer, pues no parecía sino que el cielo la habia creado para hacer resaltar su virtud.

Casimiro.

Jugando un señor polaco con el rey Casimiro II de Polonia, perdió toda su fortuna. Desesperado por esta pérdida, olvidóse de sí mismo hasta el punto, no solo de injuriar al soberano, sino hasta el de pasar á vias de hecho contra él. En seguida echó á correr, pero los guardias le alcanzaron en breve y le llevaron ante el rey, que le aguardaba en silencio, en medio de sus cortesanos: «¡Amigos! dijo al ver comparecer el delincuente; este hombre es ménos culpable que yo. He comprometido mi rango y le he impelido á cometer este acto de violencia.» Y dirigiéndose luego al culpable: «Si te arrepientes, basta, le dice; recobra lo que has perdido y no juguemos mas.»

Enrique IV y Crillon.

Enrique IV habia nacido fogoso y arrebatado, pero logró dominar la cólera de tal modo, que sabia moderarse hasta en las ocasiones mas difíciles. Durante el sitio de Ruan, hizo el enemigo una vigorosa salida, que tuvo un éxito feliz, echándose generalmente la culpa de esta derrota al duque de Crillon. Éste quiso justificarse, y fué con tal objeto á ver al rey, que no quedó tan convencido de sus razones, como el duque hubiera deseado. De las disculpas pasó al acaloramiento de la réplica, y de la réplica á la violencia del lenguaje. Irritado el rey por esta falta de respeto, le mandó que saliese; pero insistiendo Crillon, se temió que perdiese el rey la paciencia. Por fin se marchó el duque, y Enrique dijo con calma á sus cortesanos: «La naturaleza me ha hecho propenso á la cólera, pero desde que me

conozco, estoy siempre en guardia contra una pasion, que es peligroso oír. Lo sé por experiencia, me alegro de tener tan buenos testigos de mi moderacion.»

Rasgo de San Francisco de Sales.

Un hombre á quien San Francisco de Sales no pudo hacer un favor que le pedia, por no permitírsele su conciencia, se irritó hasta el punto de dirigirle las palabras mas insultantes, aunque sin inmutar en lo mas mínimo al digno prelado.

Luego que hubo partido, el hermano de Francisco de Sales que habia sido testigo de esta aventura, dijo al buen prelado que hubiera hecho mejor en contestar á aquel insolente en vez de permanecer indiferente á tanto ultraje. «¿Quiéres que te hable con sinceridad? le respondió el obispo: no solo en esta ocasion, sino en otras muchas, la sangre ha hervido en mi pecho, como el agua en la lumbre, pero, con el auxilio del cielo, moriré ántes que pronunciar una palabra que pueda ofender á Dios: así lo tengo resuelto y cumpliré fielmente mi resolucion.»

Turena y La-Ferté.

Turena estaba á punto de atacar las líneas de los enemigos que sitiaban la ciudad de Arras, pero careciendo de los instrumentos necesarios, envió á uno de sus guardias á pedirlos al mariscal de La-Ferté, su colega en el mando. Volvió en breve el guardia, y le dijo que La-Ferté no solo se los habia negado, sino que habia acompañado su negativa con palabras nada agradables para Turena. Éste se volvió entónces hácia sus oficiales y les dijo con mucha tranquilidad: «Ya que tan irritado está, probémosle que podemos prescindir de sus instrumentos y hacer como si los tuviésemos.»

Abauzit.

Era Abauzit un filósofo tan modesto como sabio, que pasaba su vida en el estudio de las ciencias y en el ejercicio de todas las virtudes. El siguiente rasgo dará una idea de su extrema dulzura.

Tenia la reputacion de no haberse encolerizado nunca. Algunas personas preguntaron á su criada si, en efecto, merecia este elogio: ella respondió que en treinta años que hacia que le estaba sirviendo, no le habia visto nunca enfadado. Prometiéronla un regalo de importancia si lograba encolerizarle, y ella consintió en intentarlo, empezando por no hacerle la cama, sabiendo que le gustaba estar acostado con comodidad. Notólo Abauzit, y á la mañana siguiente se lo advirtió á la criada; respondió ella que lo habia olvidado, y él no dijo nada mas. A la noche siguiente quedó tambien la cama por hacer, y á la observacion de Abauzit contestó la criada con una excusa vaga, mas pueril aun que la primera. En fin, á la tercera vez, dijo el buen hombre: « Van tres veces que no me habeis hecho la cama, y segun se ve, es partido que habeis adoptado porque probablemente hallais esta faena muy pesada. El mal no es cosa mayor, porque al fin y al cabo, me voy ya acostumbrando á dormir en la cama tal como está. »

Enternecida por tanta paciencia y bondad, la imprudente criada le pidió perdon y le descubrió la prueba á que se queria someter su carácter y la recompensa que le habian prometido.

Sin dejar de admirar la paciencia del sabio, debemos vituperar la indiscrecion de los que quisieron ponerla á prueba, y la culpable ligereza de la persona que consintió en ayudarles.

Comida arrojada al pátio.

Conocí á un hombre que acostumbraba dejarse arrebatar por la cólera, siendo ordinariamente su criado la

víctima de su furia. Habia dias en que todo lo que hacia el pobre sirviente era malo y hasta se llevaba la culpa de lo que no habia hecho. Uno de esos dias, llegó el amo á su casa de muy mal humor y se sentó á la mesa para comer. No sé si la sopa estaba fria ó muy caliente, sosa ó salada; el caso es que mi hombre, furioso, agarra la sopera y la tira al pátio por la ventana. Entónces el criado, con la mayor serenidad, empieza tambien á tirar por la ventana el cocido, las legumbres, el asado, el pan, vino, postres y hasta los manteles. « ¡ Insolente! grita el amo casi fuera de sí: ¿Qué significa todo eso? ¿Qué proyectos son los tuyos? — ¡ Señor amo! responde el criado con mucho sosiego; perdonadme si os he comprendido mal; yo creia que queríais comer en el pátio. »

Comprendió aquel hombre la leccion, sonrióse de la presencia de ánimo de su criado y no reprodujo mas sus ridículos arrebatos.

La bofetada.

Un habitante de Orleans, llamado Lepelletier, no contento con dar á los pobres todo cuanto tenia, trataba continuamente de interesar en su favor á todas las personas que conocia. Un dia, viendo á un rico comerciante, llamado Aubertot, que estaba parado delante de su puerta, se llegó á él y le dijo: « Señor Aubertot, ¿no me dareis nada para mis amigos los pobres? — ¡ No! no puedo dar nada. » Lepelletier insiste diciendo: « Si supieseis para quien invoco vuestra caridad, acaso no me la negariais. Es para una pobre mujer que acaba de dar á luz un niño y no tiene con qué vestirle. — No puedo dar nada. — Es para un anciano que no tiene un pedazo de pan. — No puedo dar nada. — Es para un albañil que no tenia mas que sus brazos para ganarse la vida y acaba de romperse uno al caer de un andamio. — Digo que no puedo dar nada. — ¡ Vamos, vamos! señor Aubertot, sed mas compasivo y estad seguro que hareis con ello una buena accion. — ¡ Vuelvo á repetir que

no puedo! ¡Dejadme en paz!» Y al decir esto vuelve la espalda y entra en su casa. Lepelletier le sigue y va detras de él por todas partes, hasta su cuarto de dormir. Aubertot impacientado, le da una bofetada, y el caritativo Lepelletier, léjos de enfadarse, le dice sonriéndose: «Esto es para mí; veamos ahora lo que me dais para mis pobres.»

Aubertot, avergonzado, le dió una buena limosna y le pidió mil perdones por su arrebato.

El bastonazo.

El conde de Boutteville, que llegó á ser despues tan célebre bajo el nombre de mariscal de Luxemburgo, siendo teniente general bajo las órdenes del príncipe de Condé, vió en una marcha á varios soldados que se habian rezagado del resto del ejército. Envió á uno de sus ayudantes para que los hiciese volver á sus cuerpos, y todos obedecieron ménos uno que no hizo caso. Ofendido el general por esta desobediencia, corrió hácia él con el baston levantado para golpearle. «Si me llegais á tocar, le dice el soldado, os arrepentireis.» Irritado Boutteville con esta respuesta, le da un bastonazo y le obliga á incorporarse á sus filas.

Quince dias despues sitió el ejército á Furnes, ciudad de Bélgica, y Boutteville encargó á un coronel que buscáse en su regimiento á un hombre firme é intrépido para dar un golpe de mano, ofreciéndole una gran recompensa. El soldado de quien hemos hablado, que pasaba por el mas valiente del regimiento, se presenta llevando consigo á treinta de sus compañeros escogidos por él, y lleva á cabo su empresa, que era muy aventurada, con un valor y una dicha increíbles. A su vuelta, Boutteville, despues de haberle elogiado mucho, le ofrece la recompensa que le habian prometido. El soldado rehusándola, le dice: «¿Me reconocéis, mi general? Yo soy aquel soldado que maltratasteis hace quince dias: bien dije que os arrepentiríais.» Boutteville, lleno de admiracion y enternecido hasta lo sumo, le abrazó, le dió sus disculpas y obtuvo en el acto para él

un despacho de oficial, agregándole á su persona en calidad de ayudante. El príncipe de Condé, digno apreciador de las bellas acciones, se complacia en referir este rasgo de magnanimidad.

La taza rota.

[Siglo xix.]

Una hermana de la órden de San Vicente de Paul, estaba cuidando á un granadero herido y enfermo de gravedad. Acostumbrado aquel militar á la vida de los campos y al desórden de la guerra, no tenia ningun respeto por la santa profesion ni por la abnegacion de su bienhechora, pues rechazaba frecuentemente con rudeza sus solícitos socorros y algunas veces la llenaba de groseras injurias. La buena religiosa oponia á estos insultos una paciencia inalterable, y acababa por vencer á fuerza de bondad el indómito genio del soldado.

Un dia que padecia mas que de ordinario, se le acercó la hermana con una medicina que habia recetado el facultativo. El enfermo la rechaza y ella insiste con dulzura. De la negativa pasa á las injurias y amenazas, pero la hermana le suplica que piense en el peligro en que le pone su obstinacion. Por último, convencido el militar de que no podia librarse de su importunidad, finje ceder, toma la taza que le presentan y arroja el contenido al rostro de la religiosa.

Esta piadosa mujer, se alejó sin murmurar, pero al cabo de unos instantes volvió á la cabecera de la cama del enfermo con la misma bebida, que habia preparado de nuevo. Apurada la paciencia del granadero por una constancia que él toma por terquedad, se enfurece, agarra el vaso y lo estrella contra el suelo, salpicando los vestidos de la religiosa. Esta vez pensó que, despues de tal ultraje, la caritativa mujer no se expondria á recibir otro; pero el militar no conocia mas que el valor de los campos de batalla y no tenia ninguna idea del que puede dar la religion.

La hermana se acerca por tercera vez al enfermo con otra

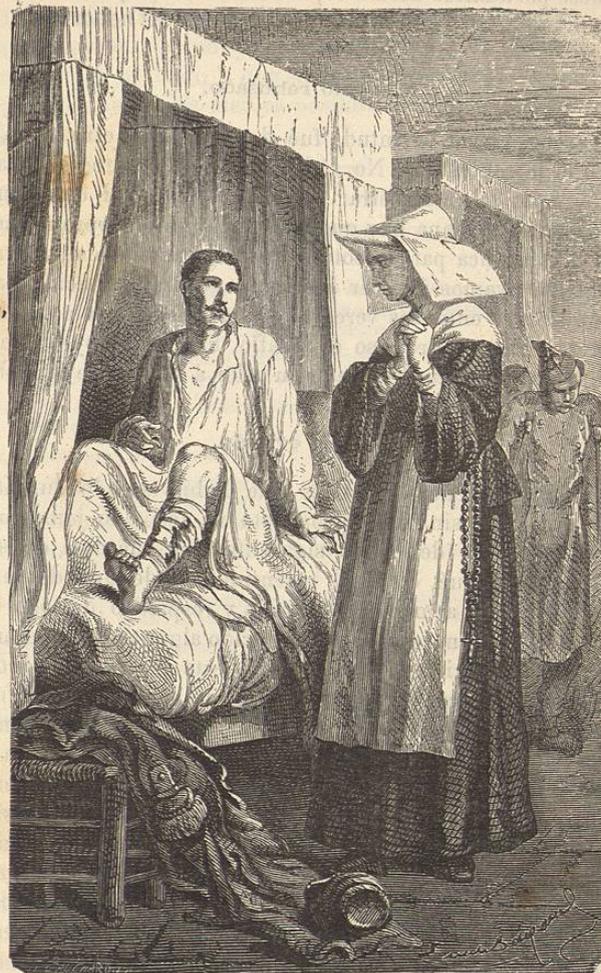
bebida preparada de nuevo, y le dice: « Tomad esta medicina, os lo suplico; no me negueis este favor. » El enfermo no sabe ya si debe creer lo que oye: un enternecimiento involuntario sucede á su adustez y se arrasan de lágrimas sus ojos: « ¡Sois un ángel! » exclama; y tomando la medicina se la traga sin titubear.

Este hombre debió la vida á la piadosa perseverancia de aquella á quien habia tratado como á una enemiga. Reconocido por este favor del cielo, demostró el deseo de conocer mejor esa religion que inspira unas virtudes tan dulces y sublimes á la vez.

El honor bien entendido.

Dos jóvenes oficiales, Valentin y Marcelo, se habian criado juntos y se les citaba como modelos de amistad, honor y generosidad. Jamas habia mediado entre ellos el menor motivo de disentiimiento, cuando un incidente desgraciado les puso á pique de enemistarse entre sí. Estaban jugando una noche á las damas en un café, en compañía de muchos de sus compañeros. Valentin ganaba siempre y se reia él mismo de su buena suerte; Marcelo se figuró que se burlaba de él, y ciego de cólera echó las damas á la cabeza de su amigo. Todas las personas presentes se conmovieron vivamente, y no dudaron que el resultado de este lance seria un desafio entre ámbos jóvenes.

« Señores, dijo Valentin con mucha tranquilidad, soy militar, conozco las leyes del honor, y sabré cumplirlas. » Dicho esto, se arroja en brazos de su amigo que estaba ya muy arrepentido, y le dice: « Marcelo, yo he tenido la primera culpa y te perdono; ahora te suplico que me perdones el haber ofendido con mi ligereza un alma tan sensible como la tuya. Ahora, señores, continuó Valentin, aunque haya interpretado á mi modo las leyes del honor, si hay aquí alguno que dude de la resolucion en que estoy de no sufrir ni siquiera una sonrisa de desden, salga conmigo. » La noble conducta de estos verdaderos amigos



La taza rota.

fué aplaudida por todos los circunstantes, y hasta los mas feroces partidarios del duelo, convinieron en que Valentin comprendia tan bien como ellos las leyes del honor.

El duelo rehusado.

Turena, en su juventud, fué desafiado por otro oficial, pero él le contestó: « No sé batirme con desprecio de las leyes; pero sabré arrostrar el peligro cuando el deber me lo permita. Mañana hay que dar cima á una empresa muy útil y honorífica para nosotros, pero al mismo tiempo muy peligrosa: vamos á pedir á nuestro general licencia para intentarla, y entónces veremos quién sale de ella con mas honor. » El que propuso el desafio, halló el proyecto tan peligroso, que rehusó someter su valor á semejante prueba.

El duelo evitado.

Un oficial general irlandés que habia servido durante cuarenta años, sin haber propuesto ni aceptado jamas un desafio, refiere del modo siguiente una anecdota de su vida: « Provoqué, dice, el resentimiento de uno de mis compañeros de armas muy querido y respetado de todo el cuerpo. Parecióme que habia merecido algunas leves reconvencciones en ciertos casos, y con este motivo hablé de ellas en un idioma que no conocia aun bien, lo cual fué causa de que me sirviese de una voz cuyo sentido no comprendia. Creyóse insultado, se levantó, dejó la compañía y me desafió. Le contesté que esperaba tener con él una explicacion que le quitaria las ganas de batirse; pero sin embargo, prometí acudir á la cita. Fuí, en efecto, acompañado de todos los que habian oido la expresion que provocó el desafio y delante de ellos me eché toda la culpa, declarando que habia proferido términos cuyo verdadero sentido ignoraba. Mi contrario entónces arrojó lejos de sí la espada y nos echamos en brazos uno de otro. « Vine aquí, dijo, con intencion de sepultar mi espada en el seno

de un hombre que estimo y quiero; esta idea me hace estremecer. » Todos los circunstantes dieron muestras de la mas viva satisfaccion y convinieron en que el duelo es una costumbre bárbara, y que un gobierno cuerdo debe reprimirla por todos los medios posibles.

§ V. FIRMEZA CONTRA LOS MALES.

La paz interior no reside solo en los sentidos, sino en la voluntad; y cuando ésta permanece firme y resignada, se conserva la paz en medio de los dolores mas acerbos. (FENELON.)

Un sabio célebre, llamado Cardan, elevaba de tal modo su alma sobre sus dolores, que no sentia los ataques mas crueles de la gota. (TISSOT.)

El dolor te vencerá si te desanimas; pero si te mantienes firme, le vencerás tú á él.

La adversidad es el crisol de la virtud.

Un espectáculo verdaderamente digno, que Dios contempla complaciéndose en su obra, es el hombre justo y valeroso en lucha con la adversidad. (*Moralistas antiguos.*)

Un alma grande es superior á la injuria, la injusticia y el dolor. (LA BRUYÈRE.)

La razon soporta las desgracias, el valor las combate, la paciencia y la religion triunfan de ellas. (MADAME DE SEVIGNÈ.)

Cuando el cuerpo padece y está el ánimo abatido, debe entónces desplegar el alma su fuerza y su valor, elevándose á ideas dignas de su eterno autor.

Una voluntad fuerte triunfa de todo, hasta de las mismas enfermedades de la naturaleza; suple la vista en el ciego y el vigor en el enfermo. Un alma fuerte es dueña del cuerpo que anima. (B.)

La sed.

Durante una marcha larga y penosa por un pais muy árido, Alejandro y su ejército estaban devorados de sed, cuando varios soldados que iban de descubierta, hallaron un poco de agua en el hueco de una roca, y se la llevaron al rey en un casco. Para alentar á sus soldados á que soportaran pacientemente la sed, presentó Alejandro esta agua á sus soldados, diciéndoles que su hallazgo anunciaba